Magicanguros

Sabrina Catdoor Alberto Expósito

Magicanguros

Un plan inesperado

edebé

Un proyecto de Tormenta
www.tormentalibros.com
© del texto: Sabrina Catdoor, 2025
© de las ilustraciones: Alberto Expósito, 2025

© Edición: Edebé, 2025
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

1.ª edición, octubre 2025

ISBN: 978-84-683-7437-6
Depósito legal: B. 8140-2025
Impreso en España / Printed in Spain

PEFC Certificado

Este producto procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC/14-38-00352 www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Capítulo 1
Un mal comienzo

Si Eviana Xuè hubiese sido una chica normal, nada de lo que ocurrió después habría sucedido.

Claro que Eviana, o Evi, como la llamaba su familia, no era una chica normal, sino una vampira de doce años. Y por más increíbles que fuesen los acontecimientos que sucedieron después, ella no los habría cambiado por nada. Sin ellos, jamás habría conocido a las mejores amigas del mundo.

Pero no nos adelantemos. Al comienzo de esta historia, Evi todavía no tenía ni idea de lo que iba a suceder. Era agosto y aún tenía la cabeza puesta en las vacaciones de verano. Había pasado tres semanas en Valle Encanto, tres semanas que habían sido ES-

PE-LUZ-NAN-TES (lo que, para una criatura tenebrosa, significaba «superdivertido»). Todavía conservaba un poco del moreno, es decir, que en lugar de lucir un blanco nuclear, lucía un blanco lechoso. La vida de los vampiros había cambiado radicalmente desde la invención de la vacuna del sol.

Sin embargo, el mejor recuerdo de Valle Encanto no era el ligero ligerísimo moreno, ni los bailes que había aprendido. Era el recuerdo de los amigos vampiros que había hecho y que ahora no sabía si volvería a ver. Sus amigos le habían regalado una camiseta que decía: «Siempre nos quedará la medianoche». Y cada uno la había firmado con un rotulador de tinta luminiscente que brillaba en la oscuridad. El problema era que ni se podía mojar, ni podía, por casualidad, acabar en la lavadora.

«¿Por qué el verano no podría durar para siempre?», se preguntaba una y otra vez. No el verano en general, sino ese en concreto. Había sido el más emocionante de su vida y ya nunca habría otro igual. Y es que la familia Xuè acababa de mudarse a Sorledo, una ciudad mediana en la que residían criaturas fantásticas con orígenes de lo más diverso, y Evi no conocía a nadie en el colegio.

De pronto, escuchó la voz de su padre desde la planta de abajo:

—Evi, ¿puedes tirar el cartón que hay que reciclar, por favor? Estoy cocinando.

Evi resopló. Sus padres nunca la dejaban ni diez minutos sola. A veces le gustaría que recordasen que ya no era un bebé y que le apetecía estar un rato a su aire.

—¡Ya voy! —gritó a pesar de que no le apetecía nada salir de casa en ese momento.

Antes de dejar la habitación, se quitó la camiseta que le habían regalado sus amigos. La colocó doblada sobre la mesa y suspiró. Debajo llevaba la ropa que le había comprado su madre, impoluta y planchada: un pantalón de cuadros y una camisa con chaleco.

El adosado en el que se habían instalado estaba situado en una calle residencial ajardinada, a diez minutos del centro y a quince del Gran Lago, una gigantesca extensión de agua que daba refugio a sirenas, ondinas y descendientes del famoso monstruo del lago Ness, conocidos como *nessis*.

Hasta hace poco, Evi había vivido en Villa Sanguina, una pequeña aldea en la costa norte

del país habitada principalmente por vampiros. Pero el nuevo trabajo de su madre los había obligado a cambiar de ciudad y, en Sorledo, los vampiros eran minoría. La muchacha temía que no hubiese más criaturas como ella en la nueva escuela. «¿Y si les doy miedo? O peor aún: ¿y si se ríen de mí?».

Con esos oscuros pensamientos, Evi bajó las escaleras, cruzó la cocina, donde su padre preparaba un plato de pasta boloñesa, y salió al garaje. Allí estaban apiladas varias cajas de cartón que habían usado para la mudanza. También había otras sin abrir. Una en concreto, «Muñecas de Evi», permanecía cerrada.

Evi tenía una colección de muñecas que, hasta justo ese verano, había ocupado las baldas de su antigua habitación. Su madre se las había regalado por su cumpleaños cada año: vampiras, hadas, sirenas…, todas vestidas con sus trajes tradicionales. Pero, por algún motivo, no conseguía decidirse a subirlas a su nuevo cuarto. En el momento en que estuvieran allí colocadas, se habría despedido definitivamente de Villa Sanguina.

La vampira agarró los cartones aplastados con los dos brazos y salió a la calle. Cuanto antes terminase, antes podría regresar a su habitación a lamentarse por su mala suerte. Pero le bastó dar tres pasos por la acera para reparar en que no tenía ni idea de dónde estaban los contenedores de papel.

Miró a su alrededor. La calle Ptolomeo estaba atiborrada de adosados de dos plantas como el suyo, aunque cada casa tenía su toque personal. Había algunas con dinteles y columnas egipcios, probablemente propiedad de momias, y otras con fachadas vegetales en las que crecían no solo hiedras, sino también geranios, petunias e incluso parras de vid. Eran casas que pertenecían a feéricos en sus distintas razas, y a la vampira le parecían preciosas. La casa de los Xuè encajaba perfectamente dentro de esta variedad constructiva: tejado de pizarra, ventanales negros y cortinas rojas en el interior. Y, por supuesto, dos lápidas funerarias decorativas junto al buzón. Sin embargo, no había ni rastro de los contenedores de reciclaje.

«Espero que en Sorledo reciclen también», pensó, y se desvió por la primera calle hacia la izquierda.

Apenas había empezado a caminar cuando sintió un fuerte tirón en los tobillos. Su cuerpo dio una pirueta en el aire y quedó colgada por una fuerza invisible. Se le cayeron las gafas y los cartones, y el mundo se puso, literalmente, del revés.

—¡¡¡SOCORRO!!! —chilló, asustada.

No era agradable estar colgada como un conejo cazado. La única ventaja era que, como se le habían caído las gafas, no podía ver si alguien presenciaba el ridículo.

Antes de que pudiese comprender lo que había ocurrido, y mientras colgaba bocabajo del aire, escuchó una voz furiosa desde el jardín más próximo:

—Samanta Nagual, ¡no puedo creer que lo hayas hecho otra vez!